

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

EL CUENTO DEL PRÍNCIPE Y LA PRINCESA

A SOFÍA

Érase una vez en un bosque perdido en el Pueblo de Tammerlane, donde un príncipe alto, fornido, y hasta con corona y ropajes de príncipe, perdió su rumbo.

Había salido a pasear horas antes, y descuidando el sendero que venía recorriendo, se descubrió apartado, lejos de todos y todo.

Finalmente, tras horas de caminar buscando el regreso, se topó con un inmenso castillo.

Antes que llegara a pedir auxilio, se fijó que por una de las torres asomaba una hermosa princesa. Y para su sorpresa, ella lloraba.

- Por qué llorás, princesa? – le preguntó desde abajo.

- Porque ya no tengo esperanzas, ya no siento las emociones, ya no tengo vida. Estoy perdida, sola, y con un manojo de sueños que se perdieron en una nebulosa de años.

- No te preocupes!... – dijo el joven valiente, sacando fuerzas de donde no las había – Yo te voy a dar todo lo que necesites. Y te lo daré ahora mismo!

Fue así que el príncipe se aferró a las rocas que edificaban la torre, y comenzó a trepar velozmente.

Estaba por alcanzar la mano de la princesa, cuando las fuerzas se le acabaron.

- Me voy... - alcanzó a decirle, y cayó al vacío.

Fue tal la angustia de la joven, que de inmediato cerró su ventana para siempre, y corrió a encerrarse y llorar a los gritos: su príncipe se había arrepentido, se había ido, se había alejado... Ya nada sería posible para ella.

Mientras tanto, fuera, el príncipe intentaba ponerse de pie por todos los medios. Pero no podía.

- Me voy a caer! – quiso decir, pero jamás llegó a completar la oración. Gracias a esto, había logrado el malentendido con la doncella.

Al fin, un paso, otro. Pero volvió a caer por última vez.

Y allí, en el suelo, entre la hierba, entre los insectos, completamente fracturado e inmovilizado descubrió su error.

Su error había sido intentar trepar tras el cansancio de perderse en el bosque, queriendo demostrar un estado que no poseía. Su error había sido no saber hablar, o callar, para no crear confusiones en el momento de caer.

La salida de aquel estado, podría ser tomarle su tiempo, en donde pensar, curarse, descansar de seguro lo llevarían a madurar tal como un fruto.

Érase una vez un príncipe que no se perdió en el bosque, sino que su destino lo llevó al castillo detrás del bosque.

Érase una vez un príncipe y una princesa, y una separación. Hubo un desconsuelo necio por parte de ella, y un aceleramiento por parte de él.

Érase una vez un príncipe que maduró y se puso de pie, sano, consciente y erguido, y en vez de tomar el camino más difícil que era trepar por la torre, se encaminó al gran portón.

Fue así que golpeó con fuerza y vociferó su nombre.

Pero la princesa tardó en escuchar: al principio, los llamados del príncipe eran silenciados por el llanto imparable.

Pero cuando al fin escuchó, corrió a su encuentro, a sabiendas que si no hubiese callado por un segundo para escuchar su silencio, jamás se hubiese logrado el reencuentro.

Y en el reencuentro, ni las excusas, ni las palabras, ni las estrategias, ni la seducción, tuvieron que ver con la reconciliación.

Al fin y al cabo, la princesa y el príncipe se abrazaron, festejaron, se besaron, y obviamente fueron felices para siempre.

EL FIN